

Editorial

Hay quien cuenta que, en Granada, antes de que los árabes se viesen obligados a abandonar la ciudad, existía una tal preocupación y atención por todo lo que constituía la misma que incluso cada árbol, cada una de las moreras que existían en sus jardines, recibía un nombre propio, conocido por todos, que constaba además en los archivos de la ciudad.

Entre este cuidado y mimo y el evidente desinterés que hoy existe por ella, media lo que llamamos... una cultura. Es cierto que la indeferencia ha ido, progresivamente, ganando puestos entre los que viven en la ciudad de manera que a menudo han asistido, impasibles, a la destrucción de su entorno, agravada esta circunstancia por las políticas municipales que se han identificado en estos últimos cincuenta años —salvo contadas excepciones— con los más claros intereses especulativos que eran además —desgraciadamente— los más ignorantes e irreverentes.

Fué, en nuestro pasado más reciente, la incorrecta aplicación de aquellos principios que se enunciaron en los años treinta la culpable de la destrucción. Sin asumir las componentes de paz social que definieron los arquitectos y urbanistas de los CIAM, los especuladores vieron, en las conclusiones de la Carta de Atenas, sólo propuestas formales y olvidaron lo que significaban en aquellas ideas sus componentes sociales y de conquista cultural. Se redujo la política urbana municipal a problemas de tráfico, creyendo que con los nuevos bloques de viviendas del extrarradio resolvían algún problema, y así, durante años, se identificó —ante la indiferencia del ciudadano en ciertos casos y de su impotencia en otros— la actuación en la ciudad con la construcción masiva y sin lógica en el extrarradio, allí donde no existía una cultura urbana y donde se podía —decían— intervenir con total impunidad.

Fracasó el urbanismo de los años cincuenta y sesenta y la consecuencia fue lograr lo que el urbanismo nunca había logrado en su historia: detener el crecimiento racional de la ciudad mediante la edificación de una gigantesca corona, una nueva muralla que se ofrecía como negación dialéctica del proyecto histórico de la ciudad. Se rompía así, mediante una estructura que no era —la más de las veces— sino el producto bastardo de los años treinta, una trama urbana cuya característica universal era su paulatino y lento crecimiento, en el que un entremezclar de opciones, cambios y diferencias reflejaban, precisamente, la propia historia de la ciudad.

Pero también el arquitecto siguió actuando en el interior de la misma. En algunos casos con miedo y respeto; en otros olvidando estos temores, demostró cómo, cuando se actuaba con sensibilidad y buen hacer, su propuesta podía complementar —que no terminar— el proyecto inconcluso que es la ciudad.

Supimos entonces, los que intentábamos dar, de nuevo, nombre a las moreras, de una verdad que parecía tautológica: que sí se podía intervenir en el interior del casco siempre que el proyecto enriqueciese la imagen de la ciudad y que, por lo mismo, si por su deficiente calidad contribuía al deterioro, era entonces rechazable. La consecuencia, ingenua quizá, que sacamos, parecía ilusoria y fantástica: fuera normas y decretos que regulen si una intervención en el casco es posible o no y volvamos, —como si se tratase de una utópica referencia al XVIII— a la creación de un Consejo de Sabios, de Hombres Buenos con sólida formación arquitectónica que sepan determinar, como ocurría en la Milán de Stendhal, si un edificio era conveniente o no: *“Hay aquí una Comisión de Ornato; cuatro o cinco individuos de reconocido amor por las bellas artes y dos arquitectos componen esta comisión que ejerce sus funciones gratuitamente. Y cada vez que un propietario toca su fachada, se le ruega comunique su proyecto a la municipalidad, quien lo trasmite a la Comisión, la cual da su opinión. Si el propietario quiere hacer algo inconveniente, los miembros de ésta, gente respetable, se rien de él en las conversaciones... Construir una buena casa da a Milán su verdadera nobleza”*.

Ante la imposibilidad de llevar a cabo la idea de Stendhal, y sabiéndose que se debían regular las intervenciones en el casco, las ideas fueron varias.

La primera fue la protección mediante la norma, el Plan Especial, que quizá más pretendía la defensa de lo antiguo frente a lo nuevo, la conservación, que el proyecto. Cuando el arquitecto comprende que la trama realmente muerta es la del extrarradio, donde no puede hacer ciudad, y pretende actuar en el casco, se encuentra con que los mecanismos reguladores son insuficientes, si de lo que se trata no es ya de recuperar monumentos o producir ejemplos aislados de ciudad, sino precisamente actuar en la propia ciudad, en sus calles, sus plazas, sus barrios, sus paseos.

Se contemplará entonces la posibilidad de que, cambiando la norma por el encargo personal, donde el que encarga y el que recibe son conscientes que tienen idénticos intereses, que optan por mantener viva la trama, la figura definida en Alemania de los años veinte o treinta, el *Stadt-baurat*, el consejero para la construcción de la ciudad, tiene en su mano un posible cambio de los problemas. Y esta experiencia es precisamente la que hoy se desarrolla en Barcelona y Sevilla.

Presentamos el número conscientes de su importancia, por lo que tiene de valor testimonial en el momento presente. En el mismo tiempo en que en Berlín se anuncian los concursos para Kochstrasse, donde lo que se pretende es hacer la ciudad de 1984 precisamente desde la historia, los trabajos aquí publicados sirven de opción sobre una forma de entender la ciudad.